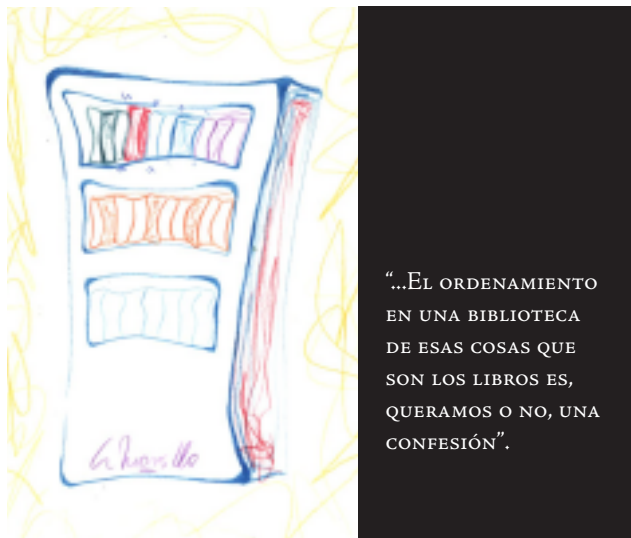


"A Bernard Shaw –cuenta Borges– le preguntaron una vez si creía que el Espíritu Santo había escrito la Biblia. Y contestó: "Todo libro que vale la pena ser releído ha sido escrito por el Espíritu".

El culto al libro

Lo que les propongo, entonces, es conversar sobre los actos cotidianos de culto al libro que todos hemos prodigado. De ese culto al libro que, según el mismo Borges, comienza en el momento que San Agustín descubrió a su maestro Ambrosio leyendo en silencio (cuando la costumbre era hacerlo en voz alta). "Aquel hombre –dice Borges– pasaba directamente del signo de escritura a la intuición, omitiendo el signo sonoro; el extraño arte que iniciaba, el arte de leer en voz baja, conduciría a consecuencias maravillosas. Conduciría, cumplidos muchos años, al concepto del libro como fin, no como instrumento de un fin".



Expresiones tan diversas e incluso nefastas algunas, como ‘quema de libros’, tan políticas y de época como la argentina: ‘alpar-gatas sí, libros no’, tan trilladas como ‘el libro de la vida’, ‘fuente de conocimiento’, y todas aquellas que en este momento se les están ocurriendo, dan clara cuenta de la importancia que tiene el libro para nuestra cultura. Y es de esto, insisto, de lo que quisiera que hablásemos hoy. No pretendo una reflexión metafísica o histórica del libro; no. Pretendo promover la reflexión y la confesión de esos rituales cotidianos de lecturas, de nuestra vinculación con los libros, de las sensaciones que nos produce la lectura, del significado que tiene para nosotros, de algún párrafo inolvidable, algún recuerdo imborrable o algún título irrepetible.

Como ejemplo, les propongo un bello texto que escribió un amigo escritor. Su nombre es Cristian Vitale, es también argentino y, como verán, amante de los libros.

Tres libros, una vida

por Cristian Vitale

De chico me gustaba jugar con los libros de la biblioteca de mi padre, hacer cosas con ellos, usarlos para los juegos, etc., hasta que un día se me ocurrió leerlos. (Alejandro Dolina)

¿Qué cosa es un libro? Obra científica o literaria de bastante extensión para formar volumen, me contesta el diccionario, pero insisto: ¿qué cosa es un libro? Conjunto de hojas manuscritas o impresas, cosidas o encuadernadas juntas... Ah!, digo. Y me quedo pensando.

¿Qué cosa es un libro, entonces? Llego a la fácil conclusión de que el libro es un montón de cosas (el diccionario me seguiría contestando si me obstinara en preguntar), pero entre ellas, el libro es eso, quiero decir, una cosa. Esto es, un pedazo de mundo, una materia, un peso, una textura, una rugosidad, un color, un objeto que si lo dejáramos caer en una bañera con agua experimentaría un empuje vertical, de abajo hacia arriba, igual al volumen de líquido que desalojaría, según la famosa fórmula de Arquímedes. Eso es: el libro es una cosa.

Los medievales lo sabían bien e hicieron culto de ello. En la Edad Media los monjes trabajaban laboriosamente durante muchas horas a fin de darle al objeto-libro una presentación que tendría quizá tanta importancia como su contenido o, por lo menos, hablaría bien de él.

Sí, claro, hablaría bien de él. Los hombres medievales concebían al objeto-libro ni más ni menos que como una obra artística que poseía un valor independientemente del contenido del mismo. Y, claro, uno por uno. No había nacido Gutenberg.

Pero Gutenberg nació y sin embargo no todo es tan distinto. Tengo entendido, me dirán, que *El código Da Vinci* no se imprimió uno por uno. Tengo entendido, contestaré, no sin sorna, que para los grandes emporios editoriales importa tanto o más (seguramente esto último) el continente que el contenido. Y no porque consideren el objeto-libro como una obra artística, una ocasión para crear belleza, sino más bien porque entienden mucho de marketing y saben que la cultura occidental ha privilegiado (desde sus inicios, pero cada vez más) la vista por sobre los otros sentidos, porque saben que la apariencia ha ido ganando terreno sobre “la esencia”, porque saben que ya estamos metidos hasta el cuello en una era llamada tristemente “de la imagen”, porque saben que la masa cree (tarea cumplida para ellos) que una imagen vale más que mil palabras... es decir, porque así venderán más; que es, claro está, su objetivo más urgente y exclusivo.

Así es que, la Edad Media y La Edad de la Imagen habían tenido, por lo menos, un punto en común; esto es, no olvidar que el libro, aparte de un libro es, también, y no quiero redundar, un libro.